

del *Tchi-hien*, el qual de ochocientos estudiantes suele aprobar seiscientos, los quales despues de la aprobacion se llaman *Hien-ming*; esto es adjudicados al *Hien*. Hay algunas ciudades del orden *Hien*, en que hay seis mil estudiantes.

Los 600 *Hien-ming* van despues al exámen, que se hace delante del *Tcheou-tsun*, que apenas aprueba 400; y estos despues de la aprobacion se llaman *Tcheou-ming*; esto es, adjudicados al segundo orden que es el *Tcheou*; se llaman tambien *Tong-seng*. En cada provincia hay un Mandarin (cuyo gobierno dura solamente tres años) llamado *Hio-tao*, ó *Hio-yuen*, que suele ser miembro de los primeros tribunales del Imperio. Este Mandarin debe convocar dos veces exámenes en el trienio; vienen á ellos los *Tong-seng*; y de 400 de este grado se aprobarán quince, que se llaman *Sieou-tsai*, y reciben el primer grado, que es como el de bachilleres. El vestido de los *Sieou-tsai* consiste en un hábito azul con los remates bordados de negro, y en un páxaro de plata, ú de estaño sobre el bonete. Estos bachilleres tienen un maestro particular que los gobierna. El *Hio-tao* hace otro exámen, á que se deben presentar todos los *Sieou-tsai*, y si halla que han olvidado las ciencias, los degrada totalmente; ó les quita algunos privilegios.

El segundo grado (que es como el de licenciado) se llama *Kiu-gin*; y para obtenerle los *Sieou-tsai* se deben exáminar en la capital de la provincia. Este exámen se hace una vez cada tres años; y para hacerle van á cada provincia dos Mandarines del colegio de los primeros doctores de la Corte. Suele haber diez mil *Sieou-tsai* en algunas provincias; y de estos apenas sesenta logran el grado de *Kiu-gin*, que es como el de licenciado en las Universidades de Europa. El vestido, ó túnica de los que obtienen el grado de *Kiu-gin*, es casi negro con un bordado azul, que tiene quatro de-

dós de ancho; y el páxaro del bonete es de oro, ú de cobre dorado.

Los que quieren obtener el último grado, que es como el de doctor, deben ir á Pekin un año despues de haber logrado el grado de *Kiu-gin*, y asistir al exámen llamado imperial; porque se hace en presencia del Emperador de tres en tres años. El mismo Emperador señala la materia ó questões de los exámenes, á que suelen asistir cinco ó seis mil *Kiu-gin*, ó licenciados. El primer viage que estos hacen para lograr el grado de doctor, le paga el Emperador. En el exámen imperial, de seis mil licenciados se suelen aprobar trescientos; los tres mejores se llaman *Tien-tsee men seng* discípulos del hijo del cielo, ú de Dios. De los otros, el Emperador elige algunos á quienes da el título de *Han-lin*; esto es, doctores de primer orden; y á los demás da el título de *Tsin-see*.

El que llega á ser *Tsin-see* (título, que se da en las letras, y en la milicia) es respetado, como miembro de la gerarquía mayor que entre los súbditos se reconoce en el Imperio. El *Tsin-see* ocupa los primeros empleos del Imperio; y por esto todos le regalan, y desean su proteccion. Sus parientes y amigos le erigen en su patria arcos triunfales en su honor con inscripciones gloriosas.

Los discípulos en todo el Imperio de China hacen los mayores honores á sus maestros, á quienes siempre dan el título de *Sien-seng*, nuestro maestro. Un Virrey en presencia de los grandes Mandarines de su provincia cede el primer lugar á su *Sien-seng*, aunque sea un pobre. La fortuna de los discípulos redundá siempre en ventaja y honor de sus maestros; pues les hacen regalos, les honran hincandose de rodillas delante de ellos, y en su muerte les suelen hacer el mismo luto que á sus padres naturales. En estas máximas y prácticas se fundan los grandes honores, que

los Chinos hacen á Confucio que es el *Sien-seng* de todo el Imperio; y por esto le han erigido arcos triunfales y templos, y le honran con genuflexiones, elogios, y otras ceremonias que aunque son civiles, segun el espíritu de la nacion, y se hacen á Confucio como al primer doctor del Imperio, han dado materia de muchas quèstiones entre los misioneros católicos; porque se parecen á las que en el catolicismo se dan á Dios ó á los Santos.

§. III.

Causas inmediatas de la corrupcion del verdadero espíritu literario.

LAs ciencias piden buen establecimiento, y buen espíritu literario. Este segun la opinion comun reyna hoy en la Sociedad humana; porque al presente se lee mas en una semana, que antes se leía en un año; y se dan actualmente á pública luz mas libros en un año, que antes en un siglo. Esto parece probar, que ahora hay mas número de Sábios que la antigüedad admiró en su edad, llamada de oro; no me atrevo á admitir esta proposicion; mas diré solamente, que ahora hay mas autores, y menos Sábios que en el siglo de oro. En éste entre cien autores solía haber un Sábio de primera esfera, ahora no hallamos un Sábio medio entre un millon de autores. Várias son las causas de este fenómeno: unas influyen por sí mismas y otras deben su influxo al abuso de los medios útiles á las ciencias. El estudio de éstas se facilitó con la imprenta; y esta facilidad ha servido para corromperlas, ó confundirlas. Escribieron antiguamente muchos autores, de quienes han perecido sus obras, quedando apenas el nombre de ellas; mas entre tantas obras de antiguos como han perecido, se observa que han llega-

do hasta nuestros tiempos casi todas las que en la antigüedad eran famosas. Este efecto nos hace conocer, que el trabajo de escribir, y el caro precio de los manuscritos impedian antiguamente que se hiciesen comunes sus obras que no eran famosas; ó que perecian presto las de autores de poco, ó ningun mérito; y por esto los antiguos no tenian tantas ocasiones como los modernos, para corromper el espíritu literario con la leccion de malos autores. Al presente la impresion pública igualmente, é inunda de libros buenos y malos la república literaria; su novedad, y la hermosura de la impresion llaman la atencion del ignorante comprador; y la muchedumbre de las obras nuevas ofusca el conocimiento, y confunde la noticia de los pocos libros buenos que se debian leer. En qualquiera facultad, y sobre qualquiera materia se han publicado y publican millares de producciones literarias, mas de méritos muy diversos; y segun esta diversidad es la del carácter de sus lectores, que se instruyen de su doctrina. Estamos en caso y necesidad de deberse hacer un expurgatorio literario de los libros que no se deben leer, por ser inútiles ó perjudiciales á las ciencias; mas este expurgatorio ocuparía muchos volúmenes; y mejor sería proponer en un breve índice los pocos autores, que en cada facultad ó materia se deben consultar. Segun este plan procederé en los discursos que pondré despues sobre todas las ciencias, indicando al mismo tiempo los principales autores que de ellas tratan, y se pueden leer con utilidad.

La introduccion de efemérides, diarios, memorias, y gacetas literarias, en que se da noticia de los libros nuevos, se inventó útil y sábiamente para que se hiciesen notorias y comunes las obras de los literatos; mas tal introduccion con noticias infieles corrompe el espíritu literario. Las gacetas literarias al presente son obras de anónimos, que no pueden manifestar su nombre

bre sin peligro de desacreditar sus noticias. Una larga experiencia me ha hecho conocer, que en tales gacetas se pone la Crítica, que á los anónimos envian los autores, sus amigos, ó sus contrarios; el interés de partido, y la utilidad pecuniaria de los anónimos y de los libreros son los polos en que estriban la noticia y crítica de los libros, por lo que para los verdaderos Sábios las gacetas literarias son hoy tan poco respetables, como las políticas; mas para el vulgo literario son muy nocivas. Entre todas las gacetas literarias que hasta ahora se han publicado, solamente han merecido estimacion las que se publicaron en Trevoux por poco mas de 60 años. Estas se han citado, y se citan como texto original de buenos autores. Se podía esperar lo mismo de otras gacetas literarias, si sus autores fueran personas de literatura conocida; mas en caso que no lo sean, convendria impedir las, y permitir solamente un simple anuncio del índice de los capítulos de las obras nuevas.

Se corrompe tambien el espíritu literario con la práctica viciosa de las ciencias. Viciosa es la práctica ó ejercicio de los filósofos y teólogos que aprenden sus respectivas facultades por medio de argumentos sofísticos. Estos son parto del abuso en silogizar; y se evitarán fácilmente si no se permite que en las disputas públicas ó privadas se pongan mas de quatro silogismos. De este modo las dificultades por razon ó autoridad se propondrán con sencillez, y sin rodeos sofísticos; y no se corromperá la rectitud en el pensar. Viciosa es tambien la práctica de las escuelas legales, en que para ejercicio literario se proponen á los discípulos pleytos, ó casos metafísicos é intrincados, sin dudas substanciales, sino fantásticas de nombre ó apariencia. Viciosa es igualmente la práctica de los retóricos sagrados, que proponen probar asuntos contradictorios, ridículos, ó repugnantes á la buena

na razon, y al sentido racional de la doctrina cristiana. Es vano todo discurso sobre asuntos en que la razon no descubre verdad, certidumbre, ó probabilidad; el buen gusto literario, y la recta sindéresis de la mente consisten en conocer el mérito de cada cosa verdadera ó falsa, probable ó improbable; y hacer, que á la calidad de este mérito correspondan los discursos; si estos no se forman con tales miras y principios, el que mas estudie, no será el mas Sábio; antes bien será el mas preocupado; y en tal caso será la sabiduría mas nociva á la Religion y á la Sociedad humana, que la ignorancia.

Se han insinuado algunas causas, que por el abuso de los medios útiles para las ciencias influyen inmediatamente en la corrupcion del espíritu literario: discurremos ya de otra especie de causas, que por sí mismas causan la corrupcion. Causa principalísima de ésta es el genio dominante de espíritu, ó fanatismo filosófico y erudito, que hoy tiranizan la república literaria. Fanatismo filosófico es aquel método que abandonando ó pervirtiendo los racionales, é incorregibles principios de retórica y dialéctica, y abusando de la metafísica, hace que los asuntos mas claros, comunes y prácticos aparezcan confusos, ó ininteligibles por la alegoría de las palabras y por la invencion metafísica de ideas abstractas é inútiles, con que se pretenden explicar. Los modernos amantes del estilo, que llaman filosófico, proponen un asunto mecánico ó material, y hablan de un intelectual; quieren alegar razones para probarlo, é inventan palabras alegóricas, y nuevas ideas metafísicas para confundirlo. Sin pruebas siguen el discurso á fuerza de sentencias inconexas, de especulaciones, dudas, y expresiones alegóricas; el lector acaba de leerlo, y no de persuadirse, ó entender lo que se dice; no descubre solidéz en las razones, realidad en los objetos, ni union

union en las sentencias; por lo que si es capaz de la materia que lee, quedando por momentos con mente vacilante, y casi desvanecida, vuelve en sí, ahuyenta las tinieblas que sobre su fantasía habia esparcido la leccion alegórica, y decide sábiamente el asunto segun los principios solos de su razon natural. Se hablará otra vez (en el discurso sobre la retórica) del espíritu metafísico, y estilo filosófico que para corromper la rectitud en el pensar pretende introducir el fanatismo moderno de algunos literatos (que con oprobio de la verdadera filosofía) por muchos ignorantes se llaman filósofos.

El fanatismo erudito se opone al filosófico; mas no por esto sigue el rumbo verdaderamente científico. Los modernos de genio erudito destierran toda metafísica, útil é inútil; poco, ó nada se valen de la razon; forman sus discursos, y los prueban á fuerza de memoria; ésta provee de autoridades y de sentencias de toda clase de autores; y si el discurso está bien empedrado de ellas, ya se juzga bien formado, y el asunto bien probado. Leed las obras, que la edad presente llama famosas; las obras digo de Grocio, Puffendorf, y otros que se llaman espíritus eruditos; no las leáis con precipitacion; observad con alguna reflexión (poca bastará) sus asuntos, la union de sus razones, y el fundamento sólido de sus autoridades, y vereis, que para estos genios eruditos todo es bueno; no hay distincion ni diferencia entre la mitología, y la historia sagrada; entre Hesiodo, y Moysés; Homero, y San Agustin; Herodoto, y Eusebio Cesariense; la interpretacion verdadera de los santos Padres se halla en las obras de los autores profanos; los poetas mas libres sirven para interpretar las sagradas escrituras; y con el chiste de un autor se prueba la máxima mas clara de los principios de razon natural. En lo histórico de tales obras faltan el peso, y respeto de la

autoridad; y en lo discursivo no se hallan la energía y eficacia de la razon; mas estos y otros defectos semejantes cubre la continua erudicion que deslumbra al lector incauto, ignorante, ú de poca reflexión; y no le da tiempo para discernir el mérito del sentido verdadero, y aplicacion conveniente de las autoridades que se alegan. Tal erudicion sirve no para instruir la mente, y convencerla; mas para confundir la memoria, ó llenarla de especies inconexas é inútiles.

Corrómpese tambien el espíritu literario con la muchedumbre de notas eruditas y confusas, con que se desfigura el texto original de los autores famosos. Se publica una obra, que por mérito ó aplauso popular se hace comun; y luego el interés mercenario de los libreros, y el espíritu de vanidad ó parcialidad de algunos literatos con notas, declaraciones, y añadiduras eruditas confunden lo poco ó mucho bueno, que hay en ella. Se publicó el diccionario histórico de Moreri con aplauso, y no sin mérito por su crítica; y luego empezó á crecer, y adulterarse con notas y añadiduras de católicos partidarios, acatólicos, y anónimos, que con nombre de Moreri nos proponen lo que ni él dixo ni pensó decir. El texto puño de las obras médicas de Boerhaave se dexa ver convincente y eficaz; mas con los prolixos comentarios de Van-swieten su eficacia se confunde; y con las notas útiles é inútiles de Hallér sus máximas se contradicen. Y ¿qué diremos de tantos comentadores de autores insignes griegos y latinos? El espíritu de vanidad de algunos literatos, y el interés de los libreros han confundido los trabajos y comentarios de los mejores críticos, y gramáticos. Los trabajos plausibles de Manucio, Scalígero, Vossio, Lipsio, Mureto, Pontano, Nuñez, Vives, Chacon &c. no se estiman, y ni aun se conocen; porque en las nuevas ediciones de los autores que han ilustrado, se han confundido y mezclado sus notas exce-

lentes con las despreciables de algunos modernos; como advierten Henninio, y Fabrici (1).

Ultimamente el espíritu literario se corrompe con la leccion de aquellas obras, que únicamente se alaban por el estilo. Obras de buen estilo sin buena dialéctica y crítica enseñan á hablar, y corrompen la rectitud en el pensar; y en ésta consiste el verdadero espíritu de las ciencias. Las palabras, las expresiones, y su buen orden, que son los constitutivos del estilo, son conductores de las ciencias, si enseñan á pensar rectamente y conocer la verdad; mas si falta esta enseñanza, serán conductores de la ignorancia ó preocupacion. El que pone todo su gusto científico en el deleyte que le da el estilo de las obras sin crítica ni buen racionio, es como el que únicamente se deleyta en leer poesías de lances enredados, engaños, y fantasmas sensibles; en éste la fantasía vicia su mente; y en el otro la vicia el oído.

No hago mencion de la muchedumbre de diccionarios y compendios científicos de anónimos, ú de autores desconocidos en la república literaria, porque al presente los maestros desengañados de la inutilidad de tales libros los han desacreditado justamente, y desterrado totalmente de las escuelas. A los discípulos por regla general no se deben permitir obras de anónimos, ú de autores que no son clásicos; y ni las de estos comentadas por anónimos, ó autores que no son famosos.

. IV .

(1) Joan. Albert. Fabrici: *Bibliotheca latina. Hamburgi*, 1721. vol. 1. lib. 2. c. 12. de *Persio*: en donde se cita Christiano Henninio en sus comentarios sobre Juvenal.

§. IV.

Obstáculos al progreso de las ciencias, y medios para promoverlas.

Las ciencias florecen con la proteccion, como las plantas con el agua; y el país en que se premia el mérito, siempre es fecundo de ilustres y Sábios ciudadanos. Mas para que se adelante y asegure la fecundidad, es necesario quitar todo obstáculo al progreso de las ciencias, y usar las industrias convenientes para promoverlas. Obstáculos en primer lugar son todas las dificultades que se encuentran, ú oponen á la libertad del comercio literario, y á la facilidad de imprimir; las cuales dificultades reconocen su principio en la carestía de papel, en los gastos extraordinarios de impresion, en los privilegios abusivos de libreros ó lugares pios para imprimir las obras de mayor utilidad, y en la escrupulosa ó imprudente limitacion de licencias para reveer, aprobar, y publicar libros. De todas estas dificultades se discurrirá brevemente, y de la absoluta necesidad de quitarlas para que las ciencias puedan florecer.

La impresion es la escuela de los Sábios; el Hombre empieza á serlo leyendo y estudiando; enseñando se hace mas Sábio; y su sabiduría no toca el grado sublime á que puede subir, sino escribiendo, y dando á pública luz sus escritos. Así la experiencia hace ver, que no hay mayores Sábios donde hay mas escuelas, sino donde mas se imprime. Los literatos suelen ser pobres, ó por efecto admirable de la providencia, ó porque la pobreza es el terreno natural en que florecen las letras. De qualquiera manera que esto sea, es innegable que á los literatos viene desde los tiempos mas antiguos la pobreza como herencia;

y así se refiere que preguntando uno á Diógenes porqué los filósofos se arrimaban á los ricos; y estos no buscaban los filósofos, respondió el mismo Diógenes diciendo; porque los filósofos saben muy bien lo que les falta; y los ricos ignoran lo que necesitan. La necesidad, pues, hace no pocas veces, que algunas personas de letras se apliquen con mayor empeño á las ciencias; no porque quieran hacer venales infamemente sus talentos, sino para que sirviendo noblemente á la Sociedad humana con ellos, vendan mas honradamente sus tareas literarias, que el rico vende las fatigas corporales del útil y oprimido labrador. Segun esto, si la impresion se dificulta á los autores, obligandolos á gastos que no sean absolutamente necesarios, á pérdidas, inquietudes, y diligencias pesadas ó inútiles con revisores y jueces de imprenta; de cien Sábios que podian imprimir sus obras con honor, apenas habrá uno que quiera meterse en esta enfadosa y costosa empresa.

El comercio literario pide libertad mas absoluta, que el tráfico á que estimula el interés; y contra esta libertad son todos los privilegios que se conceden á impresores, libreros, y lugares pios para imprimir obras de autores determinados. Tales privilegios se conceden solamente por equidad y justicia á los autores por premio de sus fatigas; y porque publicando obras desconocidas se exponen á perder el trabajo literario, y los gastos de la impresion; y á morir adeudados, como sucedió á Le-Jay autor de la Biblia poliglóta de París (1).

Por

(1) Le-Jay con la impresion de la poliglóta de París se arruinó á sí, y á otros muchos. Jayme Le-Long: *Bibliotheca sacra. París, 1723. cap. 1. de poligl. Parisiensib.* §. 16.

Por esto con justicia y aprobacion comun en todas las naciones civiles se concede á los autores privilegio particular para publicar sus producciones; mas tal privilegio concedido á otras personas, destruye la libertad de la impresion con grande perjuicio de las ciencias. En España se suelen conceder á algunos lugares pios, privilegios para la impresion de libros comunes de escuelas y oficio divino; cuya impresion en otros reynos es el fundamento principal de la muchedumbre de imprentas que en ellos hay. En Italia apenas hay poblacion de seis mil almas, que no tenga imprenta; y el fundamento principal de ésta consiste en la libertad de imprimir los libros comunes para escuelas de leer y de latinidad. Todos los impresores pueden imprimir con licencia de sus respectivos superiores locales todo género de libros sagrados, eclesiásticos, y profanos; ningun superior les limita la libertad, por el temor que los libros sagrados tengan yerros. Este temor toca al impresor, que sabe ser cierta la pérdida de la impresion de los libros sagrados, que no están bien corregidos. Menos se debe coartar la libertad de imprimir en papel el mas ordinario aunque sea de estraza. Si se permitieran solamente telares de paños, y telas finas; la mayor parte de los hombres viviría en desnudéz. La impresion segun las leyes de comercio literario se hace en papel fino y ordinario; para que los ricos segun su genio, y los pobres segun su necesidad puedan comprar libros de luxo, ó baratos. Por razon de esta práctica comun en Italia, se ven en las casas de los ricos magníficas librerías de ediciones preciosas, y abundancia de libros aun en las casas de los artesanos acomodados.

La carestía de papel es hija de la falta de imprentas, y de limpieza en una nacion; y esta falta es efecto del poco uso que la nacion hace de la blanquería, sin la qual no se hallan limpieza, ni abundancia

cia de papel. De tantas consecuencias funestas al estado civil y literario es causa el atraso del cultivo del cañamo y lino. La America española no promoverá jamás las ciencias, ni nos hará conocer los tesoros que la naturaleza ha depositado en ella, si no se la permiten la fábrica del papel, y el cultivo de sus materiales. ¿Quantos gastos se han hecho inútilmente en America por ser caro el papel, y costosísima la impresion? El docto Burriel reflexionando sobre la expedicion hecha por algunos Jesuítas, y por Don Luis Cestin en el año 1642 para reconocer las costas de California, advierte bien diciendo (1): »Este reconocimiento no fuera necesario si se tuvieran presentes los informes, relaciones, derroteros, y demarcaciones formadas en otros descubrimientos; pero estos son los efectos de la poca diligencia, y del desorden en la formacion y conservacion de los archivos: y los frutos del descuido en hacer público y comun por medio de la prensa todo lo que de presente ú de futuro puede ser útil á la Religion ó al Estado.» El papel es instrumento material de la civilidad y sabiduría de las naciones, las quales tienen derecho á tal instrumento no menos que para ser civiles y sábias. La utilidad que el erario real, y los comerciantes sacan del papel que se envia á America, quizá no llegará á ser el fruto del capital que de ella sale para comprar libros extranjeros; y este capital quedaría en la nacion, si se facilitára la impresion, y fructificaría siempre en favor de ella y del Soberano.

Gastos grandes é inútiles son los que en España

(1) Andres Burriel en su historia anónima intitulada: *Noticia de la California. Madrid, 1757. tomo 1. part. 2. §. 4.*

se solian hacer antes para imprimir las aprobaciones largas, que se hacen á los libros; aprobaciones comunmente llenas de pensamientos ridículos ó inútiles, ú de elogios vergonzosos del autor. Las aprobaciones deben consistir solamente en la simple firma de los que habiendo leído los manuscritos, afirman que nada contienen contra la Religion y el Estado. La invencion de correctores y tasadores de libros pudo ser loable en el primer decenio del uso de la prensa; mas al presente la correccion y tasa de libros tocan al impresor ó librero, que procurarán vender los libros baratos y bien corregidos, si quieren hallar compradores. Los correctores y tasadores solamente son buenos para los géneros que se venden por arriendo, ó por cuenta del Soberano; y no para los de comercio libre, si no se quiere arruinar su tráfico.

La revision y aprobacion de libros, y demás licencias necesarias para imprimirlos, deben ser gratuitas, como lo son en las naciones principales de Europa; y se deben conceder prontamente. En donde haya prensa, debe haber superiores que concedan todas las facultades necesarias para imprimir; así se acostumbra en casi toda Europa. En Italia los autores entregan sus manuscritos á los impresores, y estos con la mayor brevedad los hacen aprobar, y logran todas las licencias necesarias sin gastar un maravedí, y sin incomodarse personalmente; porque con un criado envian los manuscritos á los respectivos revisores y superiores. Estos facilitan siempre la impresion; y por lo que á mí (aunque persona estrangera y desconocida) me ha sucedido, puedo decir, que habiendo impreso en la ciudad de Cesena 21 tomos, y algunas disertaciones, el Padre Inquisidor Dominico sabiendo que mis ocupaciones ó viages no me permitian detener mucho tiempo en Cesena, me ha concedido siempre los revisores que le he pedido para la